

## EL MUNDO COMO CREACION

### Consideraciones en torno al problema del mito y de la fe, cuando el hombre emprende el proyecto de asumir su mundo como situación

Alberto Ramírez

El hombre no está accidentalmente relacionado con su mundo. Su relación con él es necesaria, indispensable. Tan necesaria es ella, que sin el mundo el hombre no tiene donde enclavar sus raíces. Tan sostenido está el hombre por su mundo, que sin él no encuentra apoyo ni estabilidad. Tan real es su relación con el mundo, que el hombre lo respira, lo hace circular por su propia vida, lo asume en todas sus dimensiones, cuando lo contempla y lo transforma. Sus sentidos todos, su afectividad, su inteligencia, se actualizan y se ejercen constantemente en relación con él. Mundo del hombre es la naturaleza, los vegetales y los animales que la pueblan, y hasta los otros hombres que miramos desde nosotros mismos.

Sin el mundo el hombre real es imposible. El hombre puede hacer una experiencia parcial de la ausencia del mundo, como cuando padece por ejemplo de la aridez de la tierra, o cuando padece del enraquecimiento del ambiente, de la desaparición o escasez de los vegetales y de los animales, o cuando sufre por la ausencia de los otros. Pero nunca puede padecer él de manera total la inexistencia de su mundo, sin tener que morir.

Cómo se inserta el hombre en su mundo? Cómo lo ha hecho y cómo debe hacerlo? Puede la revelación bíblica y la fe que a ella responde, solucionar estos interrogantes? Se puede afrontar desde la revelación bíblica y desde la fe el problema de la relación del hombre con su mundo?

#### 1. COMO PIENSA SU EXISTENCIA EL HOMBRE BIBLICO. CARACTERISTICAS DE LA MENTALIDAD BIBLICA QUE MERECEN SER CONSIDERADAS PARA AFRONTAR ESTE PROBLEMA.

Es un hecho lamentable el olvido de que fuimos niños. Lo que entonces éramos, sólo ha perdurado en nosotros en el nivel de recuerdos afectivos, de poca trascendencia. No quiere decir esto que sea lamentable haber llegado a ser lo que somos. Pero el recuerdo interesante de lo que fuimos, cuando niños, es la capacidad de percibir el mundo que teníamos. Nuestra mentalidad de entonces era una mentalidad primitiva. Toda persona está en capacidad de comprender lo que es una mentalidad primitiva, cuando ha conversado con

un niño, cuando se ha acercado de tal manera a un niño, que ha sido capaz de mirar hacia afuera desde su universo mental. El niño no hace abstracciones: su lenguaje revela la percepción directa de su mundo; sus palabras que nosotros celebramos con gozo, son vehículo de una gran sabiduría.

Pero al mencionar el caso de los niños sólo queremos presentar un hermoso ejemplo de una realidad que experimentamos todos, todos los días de nuestra vida. El ejemplo de los niños nos sirve para explicar que existe una mentalidad humana primitiva. La mentalidad del hombre bíblico, entre otras, es mentalidad de ese tipo. Con razón ha dicho alguno que para entender el lenguaje de la Biblia es necesario llegar a pensar como los niños.

Se va quedando atrás un tiempo en el cual la mentalidad primitiva era considerada como mentalidad despreciable. La tentación de pensar así es una pretensión, de la que aún nosotros hemos sido responsables. Orgullosos de ser modernos, hemos vaciado de todo contenido real los mitos, los hemos calificado de leyenda, cuando no de afirmaciones falsas.

Pero el conocimiento actual del hombre, siempre perfectible, se ha enriquecido con las conclusiones de la exploración de la mentalidad primitiva, cuyo vehículo cultural y lingüístico son los mitos. La exploración de la mentalidad humana primitiva se ha convertido en una verdadera pasión en nuestros días. Actividades múltiples de nuestro tiempo, han manifestado ya, de manera elocuente, este interés. Quien ha tenido ocasión de informarse por ejemplo acerca de las actividades arqueológicas, en diferentes lugares del mundo, sabe que ellas han hecho hablar de nuevas civilizaciones humanas, silenciadas por los siglos. Todo el mundo sabe que en muchos lugares existen todavía hoy en estado primitivo grupos humanos, que han atraído a muchos investigadores, para emprender la difícil empresa de desentrañar desde dentro la estructura de la mente primitiva. Muchos hombres de hoy se han dedicado también a explorar las profundidades de todo espíritu humano, para terminar por concluir, con satisfacción alegre, que todo hombre, en el fondo, es un niño.

La mentalidad primitiva no es mentalidad despreciable. Si se piensa en el hombre primitivo como conocedor de la realidad, su conocimiento está caracterizado por una experiencia existencial, que le permite a él vivir lo real desde dentro, incorporándose en él e incorporándolo a la vez a su vida. En lugar de distanciarse de la realidad, para mirarla desde lejos y comprenderla desde allí por medio de un proceso de abstracción, el hombre primitivo penetra en la realidad desde el principio, y, al experimentarla, la comprende. Vivir es comprender. Hablar es decir la verdad desde la vida.

El funcionamiento de la mentalidad primitiva es un secreto difícilmente descifrable. Ni siquiera la observación atenta del fenómeno

evidente de un hombre primitivo, o la constatación encantada de las ocurrencias de un niño, nos permiten hacer corresponder nuestra lógica, con la de dicha mentalidad desconcertante. Y no deja de ser, sin embargo, esta mentalidad una realidad constante y permanente en nuestra vida, aunque creamos que nuestro desarrollo nos ha liberado en forma decisiva de todo condicionamiento primitivo. Muchas veces en la vida observamos que hemos vuelto a pensar y a sentir como los niños.

A pesar de la dificultad de descifrar el funcionamiento de la mentalidad primitiva, es necesario afirmar que esta mentalidad es supremamente interesante, extraordinariamente humana. La dificultad de descifrarla sólo significa que el conocimiento, aparentemente rico, que tenemos del hombre, es aún pobre y limitado. El hombre del que hablamos y que poco conocemos no es aquél que llamamos primitivo porque no ha llegado a ser culturizado como nosotros. Ese hombre son todos los hombres, cada uno de nosotros.

**La mentalidad bíblica es una mentalidad primitiva.** Con lo que hasta aquí hemos dicho, hemos querido prevenir y subsanar el escándalo que puede suscitarse en nosotros, si al hablar del hombre primitivo pensamos espontáneamente en un pobre hombre limitado. Si insistimos tanto en el valor de este hombre es porque estamos convencidos de que la palabra de Dios, que es la palabra bíblica, es un lenguaje humano sublime, que sólo se comprende desde la riqueza de su propio universo mental.

Pero la mentalidad primitiva es una mentalidad mítica. En este punto puede surgir una pregunta inquietante para todos: podrá afirmarse también, que la mentalidad bíblica, que es mentalidad primitiva, es por eso también mentalidad mítica? Nuestra formación religiosa, cargada con frecuencia de una buena dosis de pretensión racionalista, se ha defendido violentamente contra la comprensión de la revelación bíblica, en el sentido de revelación condicionada por el mito. Porque, podría decirse serenamente, sin lastimar nuestro espíritu, que la gran experiencia humana de la salvación, acontecida en la historia de Israel que culminó en Jesucristo, es un admirable tejido de mitos, que reproducen una mentalidad primitiva? Nos dejaría satisfechos una explicación mítica de la historia salvadora que se extiende desde la creación, y a través de la liberación del éxodo, la elección y la alianza, hasta el suceso culminante de la muerte gloriosa de Jesucristo?

La conmoción que en nosotros suscita una tal afirmación apenas está justificada parcialmente. Porque si bien todo no está dicho cuando se caracteriza a la mentalidad bíblica como mentalidad mítica, sin embargo no se ha hecho tampoco con ello una injuria imperdonable a la revelación de Dios, que justifica toda nuestra vida de fe. Desarmados de nuestra pretensión racionalista, estamos en capacidad de

acoger humilde y alegremente la profunda significación del mito, como lenguaje del hombre primitivo, que es como un niño. El mito no es lenguaje vacío de contenido. No lo hemos comprendido bien, cuando afirmamos que no corresponde a realidades objetivas, sino a preconcepciones ilusorias. Mito no es tampoco palabra de mentira. Mito es palabra de verdad, lenguaje existencial que supone una mentalidad primitiva, la del hombre que antes que vivir y comprender su vida desde fuera, la vive y la comprende desde dentro, desde su encarnación profunda en lo real.

Sin embargo, tampoco se ha descrito totalmente la mentalidad bíblica, cuando solamente se la ha caracterizado como mentalidad primitiva y como mentalidad mítica. **La mentalidad bíblica es mentalidad religiosa.** La experiencia existencial bíblica de todo es experiencia que se hace desde la profundidad total que se llama Dios. A esta experiencia la hemos denominado también experiencia de fe. La actitud de fe es experiencia que permite palpar no el fondo superficial de la naturaleza y de la historia, si con estas dos expresiones queremos expresar la totalidad de lo que existe. Ella permite sentir la profundidad definitiva de las mismas, de la naturaleza y de la historia, profundidad que es realidad verdadera que se deja percibir. De esta realidad definitiva hemos dicho que es palabra eficaz e interpellante: habló Dios y todo aconteció; habló el Dios salvador y la historia humana se hizo historia de salvación; habló el Padre misericordioso y los hombres llegaron a ser sus hijos.

¿Será posible contraponer contradictoriamente el mito y la fe, como tradicionalmente lo hemos hecho? O podrán compararse el mito y la fe, para decir en conclusión que la experiencia de la fe es una experiencia primitiva original, cuya originalidad aparece cuando comparamos la experiencia bíblica con cualquiera otra experiencia existencial conocida por nosotros en ambientes primitivos? Ciertamente la experiencia bíblica de fe es una experiencia religiosa original. La palabra de Dios ha sido pronunciada aquí desde la vida, desde la historia. Percibir existencialmente la vida, percibir en profundidad la historia que realizamos, es hacer la experiencia religiosa bíblica. Hasta la percepción del Dios creador en la naturaleza, es experiencia profunda de la historia, porque precisamente en cuanto creación, la naturaleza aparece como la manifestación primera del Dios salvador, con la cual se pone en marcha toda la historia de la salvación.

Se ha dicho también que la mentalidad mítica es una mentalidad cíclica: hacer la experiencia existencial de la realidad con mentalidad mítica, es hacer, según esto, la experiencia invariable de la creación original, que retorna eternamente como paraíso perdido, que al mismo tiempo que está atrás, está por delante; creación original que al retornar periódicamente trae consigo para el hombre una ubicación en un mundo lleno de sentido. No ha habido para el hombre mítico

situación mejor que la primera; ella debe retornar eternamente.

Y se ha dicho que la mentalidad bíblica es una mentalidad lineal: hacer la experiencia existencial de la realidad es, según esto, hacer la experiencia de la historia continua de Dios en la vida de los hombres, historia siempre nueva, siempre original, que se encamina incansablemente hacia adelante. Hasta el mundo en el cual se ubica el hombre es un proceso permanente, cuya meta no está atrás, sino adelante.

La comparación entre lo cíclico y lo lineal, para caracterizar lo mítico y lo bíblico, es justificable y sirve para señalar la originalidad de la experiencia bíblica de fe. Pero tal vez no debe ser hecha esta comparación, si al desear descartar el mito de la Biblia, lo que se logra con ello es desconocer que la experiencia bíblica es experiencia existencial que palpa de manera radical la profundidad de lo real, mejor de lo que lo han hecho cualquiera de las otras experiencias primitivas míticas.

## **2. LA INSERCIÓN DEL HOMBRE EN SU MUNDO: COMPARACIÓN DE ESTA RELACION HOMBRE-MUNDO EN LA MENTALIDAD MITICA Y EN LA MENTALIDAD BIBLICA.**

La inserción del hombre en su mundo no es un problema accidental de la existencia humana, como lo dijimos al principio. La filosofía afirma sin vacilación que sólo existe el hombre como ser situado. Y nosotros queremos afirmar que es de importancia decisiva que el hombre se sitúe en un mundo con sentido. En un mundo sin sentido, el hombre es un ser desubicado, cuya inestabilidad revela que todo lo que lo soporta lo molesta. La felicidad de un hombre situado en un mundo sin sentido es una meta inalcanzable. La vida no tiene sentido.

Mundo significa, cuando hablamos de situación, la realidad de la naturaleza y de los otros. No sólo estamos soportados por el mundo natural, sino también por el mundo humano. Nuestra reflexión se concentra de todos modos en un solo aspecto del problema total: en el de la relación del hombre con su mundo natural, como relación de inserción en ella.

A la luz de las consideraciones anteriores se comprende mejor la originalidad de esta inserción en la experiencia bíblica, si se la compara o se la ubica en el contexto de la inserción del hombre primitivo mítico en su mundo.

### **2.1 La inserción del hombre mítico en su mundo.**

Estar simplemente en el mundo no es haberse insertado en él. Para el hombre mítico la inserción en el mundo no se da por el solo hecho de su ubicación necesaria en él. Para insertarse en el mundo

es necesario asumirlo como situación. Pero no toda situación soluciona esta necesidad humana de inserción. Es necesario enclavarse en un mundo que tenga sentido.

Si se define el mundo natural como situación, caracterizada convencionalmente por las dimensiones del tiempo y del espacio, tal como lo hacen los fenomenólogos, en especial los de la religión, la inserción del hombre en su mundo natural no se da sin más por la ubicación de hecho en el tiempo y en el espacio ordinarios. Estar en el espacio ordinario, es estar en el mundo de los paisajes naturales, en el de las montañas y los ríos, en el de las llanuras y desiertos, en el de los vegetales y animales. Estar en este espacio no significa haber tomado posesión del mundo, ni haberse insertado significativamente en él. Existir en el tiempo ordinario, es existir en el tiempo uniforme de los años y los meses, de los días y las horas, de los minutos y los segundos. Existir en este tiempo no significa tampoco haber tomado posesión del mundo, ni haberse insertado significativamente en él.

En el mundo ordinario la vida humana es aburrida; la existencia del hombre es monótona y sin sentido. Es necesario tomar posesión del mundo verdadero, del mundo con sentido, por medio de una acción de creación. Al hacerlo, el hombre primitivo encuentra no sólo el mundo verdadero, sino el sentido de la vida. Insertarse en este mundo es encontrar el sentido de la vida. Pero cómo hacerlo?

El hombre primitivo enfrenta el espacio ordinario y lo limita. Diversas técnicas simbólicas, basadas en la experiencia de la creación original, le permiten asumir o elegir ciertos lugares. La construcción de un templo, la edificación de una casa, el levantamiento de una muralla, son limitación simbólica del espacio, que hace brotar una situación, en la que palpita el espacio original de la creación. La elección del lugar para realizar esta limitación está ligada con ciertos simbolismos: la montaña elevada es lugar privilegiado, también lo es el centro del mundo. El funcionamiento de la mentalidad primitiva es un secreto difícil de descifrar, decíamos al principio. Pero también sabemos nosotros hoy alguna cosa del espacio con sentido: no todo lugar del mundo es igualmente significativo. Nuestra existencia afectiva se conmueve cuando nos hacemos presentes en algunos: el lugar de algún encuentro de amor hace vibrar todo nuestro ser, cuando alguna vez él es visitado de nuevo por nosotros. Traspasar el umbral que limita el espacio especial, cargado de sentido, de todo otro espacio natural, es experimentar una sensación nueva, difícilmente descriptible. El hombre primitivo enfrenta también el tiempo ordinario y lo limita. Diversas técnicas simbólicas le permiten aquí también limitar y asumir ciertos tiempos significativos, en los que puede palpitar el tiempo original, el de la creación. Aunque aparentemente uniformados por la regla del reloj, no todos los tiempos

son iguales. También sabemos nosotros que un segundo de dolor se vuelve un siglo, y que un tiempo largo de alegría se convierte en un segundo. También sentimos nosotros que el tiempo de una fiesta no es el tiempo monótono de siempre. La experiencia significativa, feliz o dolorosa, lo transforma. Un momento elegido, en el cual vuelve a palpitar la acción original de la creación del mundo, de manera repetida, es para el hombre primitivo su inserción creadora en el tiempo. Así se toma posesión del verdadero tiempo significativo.

La intersección de un espacio y de un tiempo significativos es una fecundación mutua, cuyo producto es el mundo verdadero, en el que tiene sentido existir, y que por eso tiene que ser creado continuamente por el hombre.

Todo esto es obra del rito. Existen muchos procedimientos míticos rituales, que permiten al hombre primitivo tomar posesión del mundo verdadero. Los mitos americanos, por ejemplo, han sido poco explorados. Uno de los procedimientos rituales que se proponen este fin ha sido traído tradicionalmente para ilustrar por comparación y por contraste, la inserción del hombre bíblico en su mundo. El rito babilónico de la fiesta de año nuevo permitía al hombre de ese ambiente asumir de nuevo cada año su mundo verdadero. Al realizar el rito, en el cual jugaba un papel fundamental la recitación del poema babilónico de creación, titulado "Enuma Elis", en un espacio escogido, el hombre encontraba el mundo original, tomaba posesión de él y podía vivir con sentido su existencia situada, durante todo un año. Así se situaba el hombre babilónico en el mundo verdadero. Ubicado en un mundo con sentido, sus raíces quedaban enclavadas en un paraíso original, que aunque perdido durante el año ordinario de su vida monótona, podía ser reencontrado siempre de nuevo por una acción de creación. Retornar eternamente al paraíso original era adquirir la fuerza que permite vivir la vida ordinaria sin angustia. Ubicado hacia atrás, el paraíso original lo estaba también hacia adelante. La mentalidad mítica de creación es mentalidad protológica y escatológica. El movimiento de ubicación, realizado por el rito, era un movimiento circular. Se partía del origen y se retornaba a él.

Una lectura explicada del rito babilónico de año nuevo y de otros ritos míticos sería la mejor manera de mostrar lo que hemos expresado en estas líneas. Pero basta señalar para nuestro propósito la característica propia de esta acción humana creadora del mundo, realizada por el hombre mítico. El mundo con sentido, recreado por él, no tiene novedad: nada hay nuevo bajo el sol. El ideal del mundo está en los orígenes. La responsabilidad humana frente al mundo consiste en restaurarlo, en reconstruirlo en sus orígenes. La situación ordinaria, la de siempre y la de todos los espacios, no tiene sentido. Necesita ser trascendida hasta la destrucción. No se encuentra

el sentido de la vida si el mundo en el cual se vive es el espacio ordinario de los paisajes naturales y el tiempo monótono de los instantes que se suceden, sin permitir respirar el aire puro del tiempo originario.

## 2.2 La inserción del hombre bíblico en su mundo.

Otra cosa sucede con el hombre bíblico. También él necesitaba insertarse en un mundo con sentido, pero su experiencia original de fe, le permitió hacerlo de manera diferente.

La confesión de fe en un Dios creador, fundamental en la experiencia bíblica, es confesión más bien tardía en el proceso de la fe de los israelitas. El interés del hombre bíblico por la naturaleza, entendida ella como su mundo o situación, es, en principio, la misma del hombre mítico del ambiente cananeo, de inspiración probablemente babilónica.

Si bien los relatos cosmogónicos y antropogónicos de Israel no son completamente originales, como lenguaje humano primitivo, lo que ellos terminan por decir, como confesión de fe, sí lo es. Qué pensaba Israel del origen del cosmos y del hombre? Las concepciones primitivas míticas de entonces son asumidas por Israel, hasta cuando se plantea el problema de la experiencia religiosa que ha encontrado en ellos un vehículo de expresión. La cosmología y la antropología de entonces podrían ser compartidas sin dificultades por cualquier persona, que como hombre primitivo o como niño, no ha realizado otra percepción del cosmos y del hombre que la que le permite lograr una experimentación inmediata. Pero la confesión de fe en un Dios creador del cosmos y del hombre, tal como fue practicada por los israelitas, es un fenómeno religioso verdaderamente original en Israel.

La confesión de fe en un Dios creador era para el israelita afirmación de un mundo con sentido, cuyo descubrimiento se debió a una experiencia existencial religiosa profundísima. El mundo real, el de todos los días y el de todos los espacios, es creación de Dios. Esta confesión de fe no era explicación ociosa que tenía como finalidad la de satisfacer la curiosidad que puede presentarse en cualquier hombre que desea resolver el problema de los orígenes del cosmos y del hombre. Esta confesión fue extensión de una más original, realizada por el pueblo de Israel, antes de decir que Dios era un Dios creador: la experiencia de la historia. Yahveh es un Dios salvador: haber salido del Egipto por sus propios medios, era haber sido sacados de la esclavitud por un Dios liberador; haber realizado la historia humana, era haber hecho la historia de la salvación, la historia de Dios. Se trataba de una experiencia profunda de la vida. La realidad de Dios era una presencia palpitante, que se percibía en la vida. Al hacer la historia humana se hacía la historia de Dios, salvadora para el hom-

bre. Toda realidad se comprendió desde esta experiencia original: la realidad de todo, entendida como realidad primera, era creación de Dios, su primera acción salvífica.

Entregada al hombre como creación, la naturaleza era un proyecto que debía ser asumido por él. El hombre no sólo había encontrado una situación significativa, sino que había recibido el encargo de asumir su creación. Su mundo tenía sentido desde siempre, porque era creación, la primera acción salvífica de Dios. Pero su mundo también era un proyecto: asumir un mundo que fuera lugar y tiempo en el cual podía realizarse su vida con sentido, como historia de salvación, era insertarse como creador en el mundo verdadero, en el cual podía vivir él enclavado con hondas raíces. La responsabilidad histórico-salvífica del hombre contemplaba pues también la construcción del mundo, a partir de la salvación original que significó la creación de Dios.

Si se quiere destacar la originalidad de la concepción bíblica en lo referente a la inserción del hombre en su mundo, habrá que decir: el mundo en el cual se inserta el hombre bíblico como en su mundo, es creación de Dios. El sentido de este mundo radica en el hecho de ser fruto del primer acto salvífico de Dios. El hombre bíblico se ubica en un mundo que, siempre y en todo lugar, tiene sentido. El espacio natural es por todas partes y en todas sus dimensiones escenario auténtico de una vida con sentido; el tiempo ordinario, el de todos los momentos, es el tiempo real de la salvación.

Frente a ese mundo, el hombre es además y siempre creador. Insertarse en él es asumir la responsabilidad histórico-salvífica de crearlo, no por la simple acción de reproducir continuamente la acción original de creación, como para retornar de tiempo en tiempo al paraíso perdido, sino como acción continua de transformación y de realización progresiva. La casa humana está siempre por hacerse como escenario pleno de sentido, en el cual es posible vivir también una vida llena de sentido, una historia de salvación.

### **3. CONSECUENCIAS TEOLOGICAS DE LA CONFESION BIBLICA DE LA CREACION: EL MUNDO COMO CREACION DE DIOS Y DEL HOMBRE.**

La confesión de fe, según la cual toda realidad distinta de Dios es su creación, es fundamental en el pensamiento bíblico, como aparece del lugar mismo que ocupa en la Escritura, aunque fuera fruto tardío del proceso de la fe: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra". Fundamental es también esta confesión en el cristianismo, como aparece por el hecho de su ubicación en el primero de los artículos del credo: "Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra". No es esta confesión una afirmación

que pretenda explicar científicamente el origen de toda realidad, desde una comprensión humana, que todavía no es comprensión última. Se trata de una confesión de fe, que afirma la presencia salvífica eficaz de Dios, desde los orígenes.

Tampoco se agota el discurso teológico de esta confesión en la afirmación de una creación estáticamente perfecta en los orígenes, entregada al hombre como un objeto, cuya finalidad está cumplida, cuando el mundo ha sido disfrutado, desgastado y consumido. Porque, creado también el hombre, lo ha sido como creador, para asumir la tarea inacabable de la creación de su propio mundo. La consumación de esta tarea es la nueva creación, donde Jesucristo ha sido ubicado por la fe, como ideal hacia el cual camina todo lo creado.

Consecuencia teológica fundamental de la doctrina bíblica de la creación es por lo tanto la del sentido del mundo como situación del hombre. El mundo tiene sentido, porque es obra del Dios salvador. No es él realidad peligrosa que debe ser trascendida por el hombre, en el sentido de abandonada por él, para que sea posible la salvación, sino realidad significativa en la que el hombre debe ubicarse siempre más profundamente y con mayor responsabilidad. No es necesario que el hombre tema contaminarse de nada, al asumir el mundo como situación. Todo lo que existe es bueno, porque Dios lo ha creado. No es necesario que el hombre abandone el mundo para que encuentre una ubicación, cargada de sentido. El mundo bueno, creación del Dios salvador, es el mundo de todos los espacios y de todos los tiempos.

Pero a diferencia de lo que ocurre en general con la inserción del hombre mítico en el mundo, la cual sólo es posible como recreación de la situación original, arquetípica, como eterno retorno a los orígenes, la inserción del hombre bíblico en su mundo es una responsabilidad histórica continua. El mundo está puesto en sus manos no sólo para ser disfrutado y finalmente consumido irresponsablemente, como lo hemos dicho, sino para ser preservado responsablemente y para ser despertado creativamente. El mundo está siempre por hacerse. El progreso tiene sentido.

La doctrina bíblica de la creación ha desacralizado positivamente toda realidad, distinta de Dios. Nada, distinto de Dios, es sagrado. La verdadera realidad sagrada se ha revelado y ha sido reconocida por la confesión de fe en la creación. La realidad profana no ha sido por ello envilecida. Su dignidad es compatible con su profanidad. Su sentido positivo sólo puede ser alterado por el hombre. Pero al insertarse en su mundo, obediente a su misión de creador, recibida de Dios como vocación, el hombre no se estrella en lo profano como contra una barrera infranqueable que le impide encontrar el sentido decisivo de su vida. La exploración del mundo, que el hombre realiza al construirlo creativamente, se convierte en un camino continua-

do que conduce hasta la realidad misma de Dios. Puesto en nuestras manos como un proyecto de creación, el mundo está dispuesto para adquirir sentido. El gran fruto de la realización de la responsabilidad creadora del mundo es la capacidad que este mundo adquiere de hablar de lo profundo, de convertirse en lenguaje profundo y revelador de lo profundo. Todo el mundo está dispuesto para ser asumido por nosotros como nuestra propia palabra, como nuestra propia manifestación. Cuando aceptamos realizar nuestra responsabilidad de creadores, una flor en nuestras manos es el mundo que se ha vuelto palabra nuestra, para hacer brotar todo lo profundo que hay en nosotros y que somos nosotros mismos. Cuando aceptamos ejercer nuestra responsabilidad de creadores, el fruto mismo artificial de nuestra acción, producto de nuestra capacidad creadora, puede llegar a convertirse en nuestro propio cuerpo, capaz de entregarnos a los otros.

Y por encima de todo esto, cuando asumimos nuestra vocación de creadores, el proceso mismo de la creación se fecunda con el sentido decisivo que es capaz de brotar de toda realidad y que rompe el silencio latente de quien está por ser auscultado continuamente en todo lo que existe. Desde el fondo de la creación se percibe la realidad de Dios. Con un autor de nuestros días es posible concluir entonces que aquél en quien se abren grandes los ojos de la fe y se agudizan los oídos de la misma, la percepción del mundo bueno como creación se traduce en una canción: "el cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos" (Ps. 19, 2). Con una sola palabra, que le arranca la creación al realizarla y percibirla, el hombre canta la mejor de sus canciones: la palabra "Dios" es la gran canción del hombre.